

estaban asomados á las ventanas. La pobre niña, sobresaltada ya al ver gente en la calle, recibió un terrible golpe en el corazón al oír que un hombre gritaba con voz ronca é innoble: *¡Para la hermosa Úrsula Mirouet, de parte de su amante!* Al día siguiente, que era domingo, toda la villa habló de aquella serenata, y lo mismo al entrar que al salir de la iglesia, Úrsula vió en la plaza numerosos grupos que se ocupaban de ella y manifestaban una horrible curiosidad. La serenata ponía todas las lenguas en movimiento, y todo Nemours se perdía en numerosas conjeturas. Úrsula volvió á su casa más muerta que viva, y por consejo del cura dejó de ir á las visperas. Cuando penetró en el corredor, encontró en el suelo una carta que había sido tirada por debajo de la puerta y que ella se apresuró á leer para ver si encontraba la explicación de todo aquello. Los seres menos sensibles adivinarán lo que Úrsula debió sentir al leer estas terribles líneas:

«Resígnese usted á ser mi mujer, rica y adorada. La deseo á usted. Si no la obtengo viva, la obtendré muerta. Atribuya á sus negativas las desgracias que puedan ocurrirle.

»*El que la ama y el que llegará á poseerla algún día.*»

¡Cosa rara! En el momento en que la humilde y tierna víctima de aquella maquinación estaba abatida como una flor arrancada de su tallo, las señoritas Massin, Dionis y Cremiere envidiaban su suerte.

—¡Qué feliz es! decían. Se ocupan de ella, la adulan, se la disputan. Al parecer, la serenata fué magnífica, y había en ella un cornetín de pistón.

—¿Qué es un pistón?

—Un nuevo instrumento de música. Mira, tiene lo menos este tamaño, decía Angela Cremiere á Pamela Massin.

Aquella misma mañana Sabiniano había ido á Fontainebleau para averiguar quién había sido el que había pagado á los músicos del regimiento que estaba allí de guarnición; pero, como había dos hombres para cada instrumento, fué imposible conocer á los que habían ido á Nemours. El coronel prohibió á los músicos que fuesen á dar serenatas á los particulares sin su permiso. El vizconde tuvo una entrevista con el procurador del rey, tutor de Úrsula, y le explicó la gravedad que tenían aquellas escenas tratándose de una joven tan delicada y tan sensible, rogándole que buscara al autor de aquella serenata por los medios de que disponía en su calidad de magistrado. Tres días después, á media noche, tres violines, una flauta, una guitarra y un óboe dieron una segunda serenata. Esta vez los músicos se fueron hacia la parte de Montargis, donde había á la sazón una compañía de comediantes. Una voz estridente y aguardentosa había gritado en uno de los intermedios: *¡Para la hija del capitán de música Mirouet!* De este modo, todo Nemours supo la profesión del padre de Úrsula, secreto que tan cuidadosamente había guardado siempre el anciano doctor Minoret.

Sabiniano no se molestó ya en ir á Montargis, y aquel mismo día recibió una carta anónima de París, donde leyó esta horrible profecía:

«No te casarás con Úrsula. Si quieres que viva, apresúrate á cedérsela al que la ama más que tú, el cual se ha hecho músico y artista para agradarle, y prefiere verla muerta que en brazos de otro.»

El médico de Nemours iba tres veces al día á casa de Úrsula, á la que estas persecuciones pusieron en peligro de muerte. Al sentirse sumida en un lodazal por una mano infernal, aquella mansa joven guardaba una actitud de mártir; permanecía en profundo silencio, levantaba los ojos al cielo y ya no lloraba, sino que esperaba los golpes con fervor é imploraba al que le daría la muerte.

—Me alegro no poder bajar á la sala, decía Úrsula á los señores Bongrand y Chaperon, que se separaban de ella lo menos posible, porque podría *él* venir, y yo comprendo que soy indigna de recibir las miradas con que acostumbra á bendecirme. ¿Creen ustedes que sospechará de mí?

—¡Ca! si Sabiniano no encuentra al autor de estas infamias, piensa ir á París á solicitar la intervención de la policía, dijo Bongrand.

—Los desconocidos deben saber que estoy herida de muerte y no harán ya nada en lo sucesivo, les respondió Úrsula.

El cura, Bongrand y Sabiniano se perdían en conjeturas y en hipótesis. Sabiniano, Estefa-

nia, la Bougival y dos personas adictas al cura, se constituyeron en espías y velaron por la noche durante una semana; pero Goupil, que lo maquinaba todo por sí solo, no cometió ninguna indiscreción. El mismo juez de paz fué el primero en creer que el autor del mal estaba asustado de su obra. Úrsula tenía la palidez y la debilidad de las jóvenes inglesas que mueren por consunción. Como las cartas y las serenatas habían cesado, todo el mundo se tranquilizó, y Sabiniano atribuyó la cesación de aquellos odiosos medios á las indagaciones secretas de la policía, á la cual había entregado las cartas recibidas por Úrsula y las que habían recibido él y su madre. Sin embargo, este armisticio no duró mucho. Cuando el médico logró evitar la fiebre nerviosa de Úrsula, y en el momento en que ésta se reanimaba, una mañana, á mediados de junio, se encontró una escala de cuerda atada á su ventana. El postillón que iba en la diligencia aquella noche declaró que un hombrecito se disponía á bajar en el momento en que él pasaba, y que, á pesar de sus deseos de detenerse, los caballos, empujados por la pendiente del puente á cuyo extremo se encontraba la casa de Úrsula, le habían llevado más allá de Nemours. Una opinión salida del salón de Dionis atribuía estas maniobras al marqués de Rouvre, que estaba á la sazón apuradísimo por unas letras de cambio que tenía contra él Massin, y que, mediante un rápido matrimonio de Sabiniano con su hija, podía librar de hipotecas al castillo de Rouvre. Según se decía, la señora de Portenduere veía con placer todo lo que podía poner en evidencia,

desacreditar y deshonar á Úrsula; pero en presencia de aquella joven muerta, la anciana se encontraba casi vencida. El cura Chaperon afectóse tan vivamente con esta última maldad, que se vió obligado á guardar cama durante unos días. La pobre Úrsula, á la que este odioso ataque produjo una recaída, recibió por el correo una carta del cura, carta que no se atrevió á rechazar al reconocer la letra.

«Hija mía: Deje usted Nemours, y evite así la maldad de sus desconocidos enemigos. Sin duda intentan poner en peligro la vida de Sabiniano. No le digo á usted nada más hasta que pueda verla.

»Su afectísimo,

»CHAPERON.»

Cuando Sabiniano, que creyó volverse loco, fué á ver al cura, éste quedó asombrado de la perfección con que habían imitado su letra y su firma, pues él no había escrito nada, y si lo hubiese necesitado, no se hubiera servido del correo para mandar la carta á Úrsula. El estado mortal en que esta última atrocidad puso á Úrsula, obligó de nuevo á Sabiniano á acudir al procurador del rey, llevándole la falsa carta del cura.

—Se está cometiendo un asesinato por medios que la ley no ha previsto y en la persona de una huérfana cuya tutela ejerce usted cumpliendo la ley, dijo el vizconde de Portenduere al magistrado.

—Si encuentra usted medios de reprensión,

los adoptaré gustoso; pero yo no conozco ninguno, le respondió el procurador del rey. El infame anónimo resulta un excelente consejo, y habrá que traer aquí á la señorita Mirouet á casa de las monjas de la Adoración del Santo Sacramento. Entretanto, el comisario de policía de Fontainebleau le autorizará á usted para llevar armas para su defensa. Yo mismo he ido á ver á Rouvre, y este señor se ha indignado justamente por las sospechas de que es objeto. Minoret, el padre de mi sustituto, está en tratos para comprar su palacio, la señorita de Rouvre se casa con un conde polaco, y, finalmente, el señor de Rouvre se disponía á dejar el país el mismo día que fui á visitarle, á fin de evitar un encarcelamiento por deudas.

Desiderio, interrogado por su jefe, no se atrevió á decirle lo que creía, por más de que reconocía en todo aquello á Goupil. Este era el único capaz de dirigir una intriga que rozaba el código penal, sin caer en el precipicio de ninguno de sus artículos. La impunidad, el secreto y el éxito aumentaron la audacia de Goupil. El terrible pasante aconsejaba á Massin que persiguiese al marqués de Rouvre, á fin de obligarle á vender el resto de sus tierras á Minoret. Después de haber entablado negociaciones con un notario de Sens, resolvió dar el último golpe para obtener á Úrsula, imitando á algunos jóvenes de París que deben su mujer y su fortuna á un secuestro. Los servicios prestados á Minoret, á Massin y á Cremiere y la protección de Dionis, alcalde de Nemours, esperaba que le procurarían la impunidad. Creyendo á Úrsula incapaz de re-

sistirle, dado el estado de debilidad en que se encontraba, Goupil decidió quitarse en el acto la careta. Sin embargo, antes de dar el último golpe de su innoble partida, juzgó necesario tener una explicación con Minoret en Rouvre el día en que aquél hizo su primera visita después del contrato. Minoret acababa de recibir una carta confidencial en que su hijo pedía informes acerca de lo que pasaba con Úrsula, antes de que fuese él mismo con el procurador del rey para colocarla en un convento, al abrigo de toda infamia. En el caso de que aquella persecución fuese obra de alguno de sus amigos, el sustituto exhortaba á su padre á que le diese buenos consejos haciéndole ver que, aunque la justicia no pudiese castigarlo, acabaría por saberlo todo y tomar de ello buena nota. Minoret había conseguido uno de sus mayores propósitos: propietario ya del palacio de Rouvre, que era uno de los más hermosos del Gatinais, reunía cuarenta y tantos mil francos de renta en buenas y hermosas tierras situadas en los alrededores del parque. El coloso podía, pues, burlarse de Goupil, toda vez que podía vivir en el campo, donde el recuerdo de Úrsula no le importaría.

—Hijo mío, deja á mi prima en paz, dijo Minoret á Goupil paseándose por la terraza.

—¡Bah! dijo el primer pasante no pudiendo comprender la extraña conducta de Minoret, pues la estupidez tiene también su profundidad.

—¡Oh! yo no soy un ingrato, y ya que me has logrado por doscientos ochenta mil francos este hermoso castillo de ladrillo y piedra tallada que no se construiría hoy por doscientos mil es-

cudos, en unión de la quinta, el parque, los jardines y los bosques, te daré un diez por ciento, ó sea veinte mil francos, con los cuales puedes comprar el cargo de alguacil de Nemours. Yo respondo de casarte con una de las Crechiere, con la mayor.

—¿Con esa que tiene una voz que parece un cornetín?

—Pero mi prima le da treinta mil francos, repuso Minoret. Mira, hijo mío, tú has nacido para ser alguacil, como yo para dueño de posta, y no hay más remedio que resignarse.

—Pues bien, repuso Goupil cayendo de lo alto de sus esperanzas, aquí traigo letras: acépteme usted por valor de veinte mil francos, á fin de que yo pueda tratar con dinero contante.

Minoret tenía que percibir diez y ocho mil francos del semestre de las inscripciones, cuya existencia ignoraba su mujer, y creyendo desembarazarse de aquel modo de Goupil, firmó. El primer pasante, al ver al imbécil y coloso Maquiavelo de la calle de los Burgueses en un acceso de fiebre señorial, le dijo por toda despedida un «¡Hasta la vista!» y le lanzó una mirada que hubiese hecho temblar á cualquiera otro que no hubiese sido un necio advenedizo como Minoret, que contemplaba en aquel instante desde lo alto de la terraza los magníficos jardines y tejados de un palacio construido al estilo de Luis XIII.

—¿No esperas? gritó Minoret á Goupil al ver que se marchaba á pie.

—Ya me encontrará usted en el camino, papá Minoret, le contestó el futuro alguacil sediento de venganza y deseando averiguar la causa de la

volubilidad de conducta del enorme Minoret.

Desde el día en que la infame calumnia había manchado su vida, Úrsula, atacada por una de esas enfermedades cuya causa estriba en el alma, marchaba rápidamente hacia la muerte. Dotada de mortal palidez, Úrsula decía á intervalos palabras lentas y débiles, y su frente y miradas demostraban la existencia de un pensamiento constante y devorador. Aquella ideal corona de flores castas que los pueblos han colocado siempre sobre la cabeza de las vírgenes, la creía ella caída, y en el vacío y el silencio creía oír los dichos deshonorosos, los comentarios maliciosos y las risas de todo el pueblo. Aquel cargo era demasiado pesado para ella, y su inocencia era demasiado delicada para sobrevivir á tamaño ultraje. La pobre niña no se quejaba, conservaba una dolorosa sonrisa en los labios, y sus ojos se levantaban frecuentemente al cielo como para apelar de la injusticia de los hombres ante el Soberano de los ángeles. Cuando Goupil entró en Nemours, Úrsula había sido bajada de su cuarto al piso bajo en brazos de la Bougival y del médico de Nemours. Se trataba de un inmenso acontecimiento. La señora de Portendue-re, después de haber sabido que aquella joven se moría como un armiño, sin embargo de que su honor había sufrido aun ménos que el de Clarisa Harlowe, iba á ir á verla y á consolarla. Los ruegos de su hijo, que había hablado de matarse durante toda la noche precedente, rindieron á la anciana bretona. La señora de Portendue-re creyó, por otra parte, que estaba en el deber de honrar á una joven tan pura, y vió en su visita

una compensación del daño que le había hecho la villa. Su opinión, que tenía más peso indudablemente que la de la multitud, consagraba el poder de la nobleza. Este paso, anunciado por el abate Chaperon, había operado en Úrsula una revolución y había devuelto la esperanza al médico desesperado, que hablaba ya de tener una consulta con los médicos más ilustres de París. Habían colocado á Úrsula en la poltrona de su tutor, y era tal el carácter de su belleza, que, en medio de su duelo y de sus sufrimientos, pareció más hermosa aún que en sus días más felices. Cuando Sabiniano se presentó dando el brazo á su madre, la joven enferma recobró un tanto sus colores.

—No se levante usted, hija mía, le dijo la anciana con acento imperativo. Aunque estoy muy enferma y muy débil, he querido venir á verla á usted para decirle mi opinión acerca de lo que ocurre: la considero á usted la joven más pura, más santa y más encantadora del Gatinais, y la juzgo digna de hacer la felicidad de un noble.

Al principio, Úrsula no pudo responder, y se contentó con tomar las secas manos de la anciana para besarlas y llenarlas de lágrimas; pero una vez que se repuso de su emoción, le dijo con voz débil:

—¡Ah! señora, yo no hubiera tenido nunca el atrevimiento de pensar en salirme de mi esfera si no me hubiesen animado con promesas, y mi único título era mi afecto sin límites; pero han sabido encontrar los medios para separarme para siempre del que amo, para hacerme indigna de él... Nunca consentiré en conceder mi mano en-

vilecida, ni mi reputación manchada, á un ser que quiero, añadió con un sonido de voz que conmovió á los espectadores. Yo amaba demasiado... en el estado en que me hallo ya puedo decirlo: amo á una criatura casi tanto como á Dios, y Dios...

—Vamos, vamos, niña, no calumnie usted á Dios. Vamos, *hija mía*, dijo la anciana haciendo un esfuerzo, no exagere usted la importancia de una infame broma en la que nadie cree. Yo le prometo que vivirá usted y que será feliz.

—Sí, serás feliz, dijo Sabiniano arrodillándose ante Úrsula y besándole las manos, mi madre te ha dicho *hija mía*.

—Basta, dijo el medico tomando el pulso á la enferma, no la maten ustedes de placer.

En este momento, Goupil, que encontró la puerta de la calle entreabierta, empujó la del saloncito y mostró su horrible faz, animada por los pensamientos de venganza que habian florecido en su corazón por el camino.

—¡Señor Portenduere! dijo el pasante con una voz que se parecía al silbido de una víbora acorralada en su agujero.

—¿Qué quiere usted? respondió Sabiniano levantándose.

—Quiero decirle dos palabras.

Sabiniano salió, y una vez en el patio, Goupil le dirigió la palabra en estos términos:

—Voy á descubrirle á usted la causa de las persecuciones dirigidas contra la señorita Úrsula; pero júreme por la vida de la que usted ama y por su honor de hidalgo que nuestras relaciones seguirán siendo las mismas y que no me

tendrá usted en cuenta nada de lo que voy á decirle.

—¿Podré hacer cesar esas persecuciones?

—Sí.

—¿Podré vengarme?

—Del autor, sí; pero del instrumento, no.

—¿Porqué?

—Porque... el instrumento soy yo...

Sabiniano palideció.

—Acabo de entrever á Úrsula... repuso el pasante.

—¿A Úrsula? dijo el hidalgo mirando á Goupil.

—A la señorita Mirouet, añadió el pasante intimidado por el acento de Sabiniano, y quisiera rescatar con mi sangre lo que se ha hecho... Yo me arrepiento... ¿De qué le serviría á usted mi sangre aunque me matase en duelo ó de otro modo? ¿La bebería usted? ¡Ah! le aseguro que en este momento le envenenaría.

La sangre fría de aquel hombre y la curiosidad contuvieron á Sabiniano, que miraba fijamente á aquel jorobado frustrado, obligándole á bajar los ojos.

—¿Quién te ha movido á obrar de ese modo? preguntó el vizconde.

—¿Me jura usted...?

—¿Quieres que no te castiguen?

—No, lo que yo quiero es que usted y la señorita Mirouet me perdonen.

—Ella te perdonará; pero yo, nunca.

—Pero ¿olvidará usted lo ocurrido?

¡Qué terrible poder tiene el razonamiento, apoyado por el interés! Dos hombres, que hubieran querido despedazarse, permanecían en un

estrecho patio, á dos palmos el uno del otro, obligados á hablarse y reunidos por un mismo sentimiento.

—Te perdonaré; pero no lo olvidaré nunca.

—Entonces, nada, dijo friamente Goupil.

Sabiniano perdió la paciencia y aplicó á Goupil un tremendo bofetón, que le hizo vacilar y estuvo á punto de derribarle.

—No tengo más que lo que me merezco, dijo Goupil; he hecho una tontería. Yo le creía á usted más noble de lo que es. Ha abusado usted de una ventaja que yo mismo le he proporcionado. Pero ahora está usted en mi poder, dijo el pasante dirigiendo una rencorosa mirada á Sabiniano.

—Es usted un asesino, le dijo el hidalgo.

—Se equivoca usted, porque nunca es asesino el cuchillo que mata, dijo Goupil.

—Le pido á usted perdón, dijo Sabiniano.

—¿Se ha vengado usted bastante? dijo Goupil con feroz ironía. ¿Se contentará usted con eso?

—Perdón y olvidos recíprocos, repuso Sabiniano.

—Venga su mano, dijo el pasante tendiendo la suya al vizconde.

—Aquí la tiene usted, dijo Sabiniano afrontando esta vergüenza por amor á Úrsula; pero hable usted: ¿quién le ha movido á obrar?

Goupil miraba, por decirlo así, los dos platos donde pesaban de una parte, el bofetón de Sabiniano, y de la otra, su odio contra Minoret. Permaneció algunos segundos indeciso, pero, al fin, una voz le gritó: «¡Serás notario!» y respondió estrechando la mano del hidalgo:

—Sí, caballero, perdón y olvido recíprocos.

—¿Quién persigue á Úrsula? preguntó Sabiniano.

—¡Minoret! Este hombre hubiera querido verla enterrada... ¿Por qué? lo ignoro; pero ya lo averiguaremos. No tome usted parte en nada de esto, porque nada podría hacer por usted si desconfiasen de mí. En lugar de atacar á Úrsula, la defenderé; en lugar de ayudar á Minoret, destruiré sus planes. ¡Sólo vivo para aniquilarlo y arruinarlo, y he de pisotearle, he de bailar sobre su cadáver y he de hacerme con sus huesos un juego de dominó! Mañana se leerá en todas las paredes de Nemours, de Fontainebleau y de Rouvre el siguiente letrero, hecho con lápiz rojo: *¡Minoret es un ladrón!* ¡Oh! ¡por vida de...! ¡le he de hacer estallar como una bomba! Ahora que estamos aliados, si usted me lo permite, voy á arrodillarme delante de la señorita Mirouet para declararle que maldigo la insensata pasión que me movía á matarla, y para suplicarle que me perdone. Esto la aliviará y consolará; el juez de paz y el cura están allí, y esos dos testigos bastan; pero el señor Bongrand ha de darme su palabra de honor de no perjudicarme en mi carrera; porque ahora ya tengo una carrera, dijo Goupil.

—Espere usted un momento, respondió Sabiniano, aturdido por aquella revelación.

—Úrsula, dijo Sabiniano entrando en el salón, el autor de todos tus males reniega y se arrepiente de su obra y quiere pedirte perdón en presencia de estos señores, con la condición de que quedará todo olvidado.

—¡Cómo! ¿Goupil? dijeron á la vez el cura, el juez de paz y el médico.

—Guárdenle ustedes el secreto, dijo Úrsula poniéndose un dedo en los labios.

Goupil oyó estas palabras, vió el ademán de Úrsula, se sintió conmovido, y le dijo con tono sincero:

—Señorita, ahora quisiera que todo Nemours pudiese verme declarando que una fatal pasión extravió mi cabeza y me sugirió la ejecución de crímenes vituperados siempre por la gente honrada. Lo que digo aquí lo repetiré en todas partes, deplorando el mal producido por bromas de mal género, pero que habrán servido, sin duda, para anticipar su felicidad, toda vez que veo aquí á la señora de Portenduere, añadió con cierta malicia al levantarse.

—Eso está muy bien, Goupil, dijo el cura. La señorita le perdona á usted; pero no debe usted olvidar nunca que ha estado á punto de convertirse en un asesino.

—Señor Bongrand, repuso Goupil dirigiéndose al juez de paz; esta tarde voy á tratar con Lecœur para comprarle la plaza, y espero que esta reparación no será obstáculo para que usted apoye mi demanda.

El juez de paz hizo una pensativa inclinación de cabeza, y Goupil salió para ir á tratar de la adquisición de la mejor plaza de alguacil de Nemours. Los amigos de Úrsula permanecieron en casa de ésta, y se aplicaron, durante la velada, á hacer renacer la calma y la tranquilidad en su alma, en la cual empezaron ya á operarse satisfactorios cambios, gracias á la confianza del presente.

—Todo Nemours sabrá esto, decía Bongrand.

—Hija mía, ya ve usted que Dios no la quería á usted mal, decía el cura.

Minoret volvió bastante tarde de Rouvre y comió tarde. A eso de las nueve, el coloso estaba en el pabellón chino digiriendo la comida al lado de su mujer, con la cual hacía proyectos acerca del porvenir de Desiderio. Éste se había formalizado mucho desde que pertenecía á la magistratura, trabajaba y había probabilidades de que sucediese al procurador de Fontainebleau, el cual sería trasladado, según rumores, á Melun. Era preciso buscarle mujer entre las familias pobres, pero nobles, á fin de que pudiese así desempeñar la magistratura en París. Acaso lograrían que saliese diputado por Fontainebleau, adonde Celia se inclinaba á ir á vivir en invierno, después de pasar en Rouvre el verano. Aplaudiéndose interiormente el haber cesado en su persecución contra Úrsula, Minoret no pensaba ya en ella en el momento mismo en que el drama iniciado por él iba á tener un terrible desenlace.

—El señor de Portenduere, que está ahí, desea hablarle, fué á decirle Cabirolle.

—Dígale que entre, respondió Celia.

Las sombras del crepúsculo impidieron á la señora Minoret ver la súbita palidez de su marido, que tembló al oír rechinar las botas de Sabiniano sobre el pavimento de la galería en que estaba antes la biblioteca del doctor. Un vago presentimiento de desgracia corrió por las venas del expoliador. Sabiniano se presentó y permaneció entre los dos esposos inmóvil, de pie, cu-



bierto, con el bastón en la mano y los brazos cruzados sobre el pecho.

—Señores Minoret, vengo á saber las razones que han tenido ustedes para atormentar de una manera infame á una joven que, como todo el mundo sabe, ha de ser mi esposa; vengo á saber por qué han querido hacerla desgraciada, por qué deseaban su muerte y por qué desencadenaron contra ella los insultos de un Goupil... ¡Respondanme ustedes!

—Don Sabiniano, me extraña mucho que venga usted á pedirnos cuenta de una cosa que nos parece inexplicable, dijo Celia. Me ocupó yo tanto de Úrsula, como del año 40. Desde la muerte del tío Minoret, no he pensado en ella más que en la primera camisa que me he puesto, y no he hablado una palabra de ella con Goupil, que es un pillastre al que no confiaría los intereses de mi perro. Bueno, responde tú, Minoret. ¿Vas á permitir que el señor te atribuya infamias que están muy por debajo de ti? ¡Como si un hombre que tiene cuarenta y ocho mil francos de renta en hermosas tierras, situadas alrededor de un palacio digno de un príncipe, pudiese descender á semejantes bajezas! ¡Vamos, levántate! ¿qué respondes? ¡te has quedado como un muerto!

—Yo no sé á lo que se refiere el señor, respondió, al fin, Minoret con su vocecita, cuyo temblor era tanto más fácil de notar, cuanto que el tono de su órgano vocal era atiplado. ¿Con qué objeto había de perseguir á esa muchacha? Es verdad que yo dije á Goupil que me contrariaba verla en Nemours, porque mi hijo Deside-

rio se enamoraba de ella, y á mí no me gustaba ese casamiento; pero nada más.

—Señor Minoret, Goupil me lo ha confesado todo.

Hubo un terrible momento de silencio, durante el cual estos tres personajes se examinaron. Celia había visto que la rechoncha cara de su coloso denotaba mucha intranquilidad.

—Aunque ustedes sean en realidad seres despreciables, quiero vengarme de un modo terrible, y lo lograré, añadió el hidalgo. No será á usted, que cuenta ya sesenta y siete años, á quien yo pediré razón de los insultos hechos á la señorita Mirouet, sino que se la pediré á su hijo. La primera vez que el señor Minoret ponga los pies en Nemours, nos veremos y tendrá que batirse conmigo, ó quedará deshonorado é incapacitado para presentarse en ninguna parte; si él no viene á Nemours, iré yo á buscarle á Fontainebleau. Deseo una satisfacción, y no se dirá que usted ha intentado deshonorar cobardemente á una pobre joven indefensa.

—Pero las calumnias de un Goupil no... son... dijo Minoret.

—¿Quiere usted tener un careo con él? exclamó Sabiniano interrumpiéndole. Créame usted, no divulguemos este asunto, que quede únicamente entre nosotros dos y Goupil, y Dios lo decidirá en el duelo que tendré el honor de proponerle á su hijo.

—Pero eso no puede ser, exclamó Celia. ¿Cree usted que yo dejaré que Desiderio se bata con usted, siendo, como es, un marino y concerniendo á su profesión el manejo de la espada y de la